

BOLETÍN DECENAL

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL



10 SET. 1970

SECCIÓN DE INFORMACIÓN DEL EJÉRCITO DE TIERRA

SUMARIO

Páginas

MADRID, EJE DE LA GUERRA. . . 1

LA BAHÍA DE ESPAÑA, EL ESTRECHO
DE GIBRALTAR Y EL MAR DE AL-
BORÁN. 4

PRIMER PLAN, PRIMER FRACASO. . 7

«NUEVO ESTADO», VIEJA POLÍTICA. 10

INGLATERRA ORIENTA LA CUESTIÓN
ESPAÑOLA POR ESPINOSOS DE-
ROTEROS.. . . . 14

EN LA ZONA FACCIOSA. . . . 15

Boletín Decenal

Sección de Información del Estado Mayor del Ejército de Tierra

La situación militar

Madrid, eje de la guerra

Estamos dentro de la primera quincena de Agosto y sigue suspendida la ofensiva rebelde en el Norte. Además, no se ha iniciado, pese a algunos tanteos, fintas y demostraciones por el sector de Villaharta, la anunciada operación a fondo contra nuestras líneas del Norte de la provincia de Córdoba. Se dijo que los facciosos habían concentrado para ella 20.000 soldados y mucha artillería, amén de carros de asalto y aviación considerable. Pero todo les hizo falta para acudir en defensa de sus fortificaciones madrileñas que el ejército de la República amenazaba peligrosamente y en las cuales se había ido abriendo una brecha que, de ensancharla, hubiera determinado un desastre de orden estratégico. Subieron, pues, del Sur al Centro y bajaron del Norte los contingentes que debían haber atacado Santander y marchado sobre Puertollano. Y sólo pudieron, luego de una semana de atroz batalla, rescatar las incendiadas ruinas de Brunete.

Una vez más se ha comprobado que Madrid sigue siendo el eje de la guerra y que la decisión militar saldrá de su caserío, sus arrabales y sus líneas de comunicaciones.

* * *

¿Será por eso por lo que, de creer informes llegados de Gibraltar y Tánger, esperan los rebeldes un plan que está imaginando y perfilando, para ilustración y uso de Franco y consortes, el general germano Sanders?

Los telegramas dicen «Sanders». Había un general en Alemania que se apellidaba Liman von Sanders. Estuvo en Turquía cuando la Gran Guerra y aconsejaba técnicamente a los otomanos y más especialmente a los defensores de los Dardanelos, entre los que se encontraba el que luego había de ser organizador y jefe de la República Turca. ¿Se trata de la misma persona? Es posible y aun probable. Pero Franco no tiene la audacia y la travesura de un Enver Bajá.

¿Qué habrá pensado el estratega germano? Leemos en la prensa extranjera que la ofensiva de Teruel, tan trompeteada por las radios facciosas, es debida quizá a una inspiración suya. No lo creemos. La ofensiva de Teruel ha sido hasta ahora un simple episodio. Los frentes aragoneses no son como los centrales. No están organizados tácticamente para las frontales pugnas. En ellos los avances y los repliegues cuestan menos y son escasamente decisivos. Los pueblos, los cursos de los ríos y de los montes, se ganan y se pierden sin que su posesión o abandono comprometa la situación general de uno de los beligerantes ni mucho menos acerque o aleje el fin de la lucha.

Claro es que dichos frentes podrían ser algo así como lo que fue el frente de Salónica en la guerra mundial. Y tenemos la esperanza de que lo sean. Bastará para ello que debilitado el enemigo se conjugue un esfuerzo hecho desde los mismos con otros, aun más enérgicos, iniciados por nuestras líneas de la Sierra de Guadarrama.

En Teruel los facciosos lograron, luego de salvar Albarracín, desalojarnos de los Montes Universales y llegar a Bezas, cerca de los límites conquenses. Allí se les paró. En su avance hicieron —según sus partes— poquísimos prisioneros y casi no cogieron material. ¿Causas del retroceso nuestro? Que en ese difícil sector aun no había terminado la evolución que hizo de las milicias políticas y sindicales improvisadas por el pueblo en julio, agosto y septiembre de 1936, un ejército disciplinado, flexible y sólido, capaz, como se ha visto en Arganda, Brihuega, Pozoblanco y Brunete, de ganar batallas campales. Se estaba todavía en el período de transición. Y ello ha determinado desorientaciones y confusiones que fueron remediadas rápidamente.

Tal vez el mando faccioso insista en su ofensiva turolense y busque con ella ya las playas mediterráneas, bien el aislamiento de Madrid. Pero, naturalmente, encontraría gravísimos obstáculos. No se olvide que ahora podemos maniobrar por líneas interiores y que la Geografía ya no es nuestra enemiga. Siempre se puede lograr un efecto de sorpresa y ser el más fuerte en un punto dado. Pero si el adversario posee reservas éstas acuden velozmente, contraatacan y lo que empezara como triunfo acaba en un fracaso, o a lo menos en una lisis que deja el problema estratégico sin resolver.

De todas formas nosotros no nos limitamos a reforzar nuestras unidades turolenses, sino que respondimos con otra ofensiva entre Teruel y Zaragoza, que obtuvo éxitos estimables y obligó a los facciosos a sacar regimientos y baterías de Zaragoza, Daroca, Belchite y Calatayud...

• • •

Parece que Franco ha llamado a filas la quinta de 1940. Ya había sacado de sus casas y llevado al cuartel a los quintos de 1937, 1938 y 1939. Ahora ingresarán en las zonas los chiquillos de diecisiete años.

Sin embargo, Franco dispone de unos 100.000 extranjeros, de más de 80.000 moros, de 18 a 18.000 legionarios, reclutados en los presidios casi todos —los primeros murieron ya— y de muchos millares de requetés y falangistas. En lo relativo a tropa española de

línea ha movilizado casi 400.000 hombres. ¿Cómo, pues, recurre a tan desesperados expedientes? ¿Es que pretende militarizar, de un modo o de otro, a toda la población civil capaz de llevar las armas para prevenir de esa manera sublevaciones y motines?

Y por cierto que raro es el día en que no luchan los facciosos entre sí. Se sabe de una manera positiva que ha habido gravísimos desórdenes en Ronda, Málaga, Motril, Salobreña, Granada, Toledo y Aguilar de Campóo. Casi siempre tuvieron que intervenir los ariadores italianos y alemanes. En unos puntos se recurrió a los moros. En otros a los guardias civiles. Y una vez sofocados los disturbios se fusiló sin miedo ni duelo...

No. No reina la interior satisfacción en el campo faccioso. Y al decir esto no nos referimos a los paíanos, sino a las gentes de uniforme. Se suceden las conjuras y las policías italiana y germánica, operantes, para vergüenza de los llamados nacionalistas, en el territorio hispano no cesan de hacer denuncias y de prender sospechosos.

Numerosos factores concurren a la descomposición de la retaguardia facciosa. Pero, sin duda, el más importante es de orden moral. Nos referimos al pésimo efecto que causa la presencia de verdaderos ejércitos de invasión llegados para defender al fascismo y que en realidad preparan la mediatización de España.

Los sucesos de Granada comenzaron porque se recibió un telegrama de Queipo en que se mandaba que fueran desalojados los cuarteles de la Merced, San Jerónimo y Santo Domingo, para que se alojaran en ellos tropas italianas que iban a llegar de un momento a otro. Hubo negativas, plante colectivo, desobediencia y resistencia armada al fin... Y corrió la sangre...

* * *

Tiene que resignarse Franco a una segunda campaña de invierno. Si quiere seguir operando en el Norte habrá de hacerlo antes de que comiencen las nieblas otoñales, que le privarían de la aviación. ¿Lo hará? ¿Se resolverá a intentar fortuna por el Este? ¿Tratará de conseguir ventajas en el Sur?

Pero nuestro mando no se está quieto. Censuraba «La Dépêche», de Toulouse, el otro día que el Ejército Republicano dejara siempre la iniciativa al adversario. «La Dépêche» se equivoca. A partir del mes de julio la iniciativa pasó a nuestro campo. Y en el sigue. Pronto habrá de ello pruebas concluyentes y satisfactorias.



La bahía de España, el estrecho de Gibraltar y el mar de Alborán

Hércules derrotó al gigante Anteo, desquijaró al león, venció a la hidra y domó al toro; para ocultar a los ojos de los mortales el cuerpo de su amada Pirene, acumuló montañas y formó los Pirineos. No satisfecho con eso, y para desquiciar más la Geografía, pegó un mazazo entre Abyla y Calpe, abriendo el estrecho de Gibraltar.

No sospechó quizás el semidiós la trascendencia de su hecho y las complicaciones que había de producir.

Gibraltar, pues, separa Europa de África, pero la continuidad de la vida en ambas orillas del estrecho es permanente. Y este punto de unión, no de separación, dió más amplitud a la vida mediterránea, ya que el *non plus ultra* no fué respetado y los fenicios se establecieron en *Gadir* (Cádiz) e *Hispania* (Sevilla); los cartagineses y los romanos dieron auge a Cádiz, y el *Mare Tenebrarum* o *Ignotus* fué explorado desde antiguo, y se conserva el recuerdo de expediciones, que fueron famosas, como la efectuada a las islas Caritérides; la de los sesenta bajeles del cartaginés Hannon; la de Hamitón, cartaginés también, referida por Plinio, y la fenicia a Tartesia (Andalucía), en la que una «pentecotera» atravesó el estrecho obligada por una tempestad, según Herodoto.

El Atlántico, al cambiar sus aguas con las del Mediterráneo, forma un embudo, cuya campana constituye la bahía de España. La boca del mismo es el estrecho, paso angosto de 13'5 kilómetros de am-

plitud. menor que la anchura de algunas vías fluviales, como el Amazonas, pero que no obstante su estrechez constituye hoy día «la calle más concurrida del mundo». Los 18.000 barcos que, según las estadísticas, lo surcan en un año suponen una frecuencia de un barco cada media hora y un tráfico de cerca de 90.000.000 de toneladas.

Al otro lado del embudo se abre una elipse constituida por los arcos penibéticos y norte-marroquí con el eje mayor en la línea Gibraltar-Alborán y que toma el nombre de este islote, situado a 90 millas de la costa española y 60 de la africana.

Este mar de Alborán, coincidente con la depresión occidental mediterránea, forma, como el Adriático, un Mediterráneo pequeño dentro del Mediterráneo.

La importancia de esta parte de la tierra ha sido grande, y en la actualidad es mayor todavía para la vida de los pueblos.

Romanos y cartagineses vivían indistintamente en ambas orillas; los godos y vándalos atravesaron el estrecho para incurrir en África; los árabes, después de vencer a Kahina (La Hechicera), se adentraron en Marruecos, saltaron a España y trataron de invadir Europa, hasta que fueron detenidos en Poitiers por Carlos Martel (733). Hoy, aparte España, son tres naciones las que tienen sus intereses vitales en el estrecho.

Ingllaterra, que conserva Gibraltar, una de las llaves de esta puerta, más sublime todavía que la de Constantinopla, recibe

por esta vía algodón, caucho, café, petróleo, etc.; vía que le acorta en unas 5.000 millas sus comunicaciones con la India. Para ella constituye una llave comercial y además militar para sostener su eje mediterráneo.

Italia recibe cereales, algodón norteamericano, carbón inglés, etc., y por el estrecho se relaciona con sus cinco millones

tadas, o tiene que someterse a atravesar la península Ibérica, cruzando el estrecho por la superficie o por el túnel submarino que habla de enlazar la red europea de ferrocarriles con el Transahariano y permitir la explotación de las regiones africanas, cuyas posibilidades son grandísimas.

Puede, por tanto, deducirse la importancia que tiene saber en qué manos puede



de expatriados que constituyen las colonias italianas de Estados Unidos, Argentina y Brasil.

Francia, en caso de conflicto, precisa la seguridad del estrecho para poder reunir sus escuadras en el Mediterráneo o en el Atlántico, según lo precise. Trata de evitar esta servidumbre con el canal del Mediodía.

Pero si bien este problema pudiera tenerlo resuelto, no sucede lo mismo con el apoyo que Argelia y Marruecos pueden prestarle, pues o tiene que seguir las vías mediterránea o atlántica, que pueden ser cor-

caer esta interesante zona formada por la bahía de España, el estrecho de Gibraltar y el mar de Alborán.

Cádiz domina la entrada; Ceuta y Gibraltar el centro; Cartagena y Melilla la salida. Prescindamos de Tánger, que no conviene tocar. El cerco sobre Gibraltar, inglés, es completo. Málaga y Almería serían también escalones sucesivos en la cadena Cádiz-Ceuta-Melilla-Cartagena. Si además contamos a Alborán entonces el dominio resulta tan completo que nadie absolutamente puede librarse de él. El proceder

de estos puertos puede llegar a perturbar la vida de los demás en forma que la supeditación a su voluntad es total.

Pero hay más. Desde estos lugares puede actuarse con fuerzas navales, pero a ellas se unen las acciones aéreas desde los mismos lugares o desde los cercanos.

Alhucemas es un buen refugio de submarinos.

Melilla y Ceuta, Cartagena y Cádiz, ofrecen buenas bases para hidroaviones; Ain Zoren Tauima, Auámara, Tetuán, Sevilla y Granada constituyen aeródromos de gran importancia. Su radio de acción se

extiende sobre toda la zona. En manos de países enemigos de Inglaterra y Francia la perturbación de la vida de estos pueblos es inmensa. No se olvide el establecimiento de los italianos en Baleares, su intervención en España ni la ocupación del Norte de Marruecos por los alemanes, sus aliados actuales.

Una palabra de quien sea dueño de estos lugares y la vida comercial y las actividades militares en el estrecho quedan paradas instantáneamente.

Que cada cual saque la consecuencia y vea lo que el porvenir puede depararle.

Quitando glorias al Patrón

Como delicada atención a los moros traídos a España, para que maten españoles, la iconografía en la zona sometida a los generales traidores —generales cuyas carreras se han hecho en Africa— ha sufrido una curiosa reforma. Santiago «Matamoros», el de Clavijo, ya no tiene a los pies de su blanco corcel cabezas cercenadas de agareno ni musulmanes implorando perdón. Nada de eso. Jinetea el santo sobre una nube, lo mismo exactamente que los capitoses de la sangrienta rebeldía.

A los moros cultos, no a los moros mercenarios, lamafía adulación les hará mucha gracia. Y tal vez perdonen al santo la hasaña de Clavijo; pero a Franco, a Mola, a Yagüe, a Castejón y a tantos otros matamoros, las rancias en los poblados y en los campos riseños durante largos años será difícil que se las perdonen.

PRIMER PLAN, PRIMER FRACASO

La segunda decena de agosto se iniciaba para nosotros con un acontecimiento adverso, pero irremediable: la ocupación por el enemigo de Mérida y Badajoz, acaecida durante los días 11 y 14 a merced de los constantes refuerzos recibidos por los facciosos desde Marruecos y de la imposibilidad en que nosotros nos encontrábamos de lanzar sobre Extremadura columnas numerosas y bien pertrechadas para acudir en socorro de las valientes guarniciones de aquellos pueblos y de las Milicias que se batían con denuedo, y a las veces con buen éxito, contra las oleadas de moros y de banderas del Tercio extranjero montadas por los traidores Castejón y Yagüe, que avanzaban arrasando materialmente el país. Hicimos, sin embargo, para impedirlo, cuanto nos fué posible. Desde Madrid, acosado por varios frentes, llegaba a Don Benito el mismo día 11 una fuerte columna (todo lo fuerte que permitían las circunstancias), que batió eficazmente en Medellín a un enemigo superior, dispersándole y persiguiéndole durante tres jornadas consecutivas. (*Boletín de Información del E. M. del Ministerio de la Guerra*, del 19 de aquel mes.)

En contacto los ejércitos facciosos del Norte y del Sur, Franco y Mola se entrevistaron varias veces con Queipo y Cabanellas y, equivocándose una vez más, trazaron un plan de campaña del que se tuvo conocimiento por un radio en cifra que fué captado por nuestros servicios de información y en el que Franco proponía a Mola la consecución inmediata de los siguientes objetivos: Primero. Ocupación de Madrid. La capital había de ser privada seguidamente de agua y de aeródromos. Segundo. Limpieza de los focos rebeldes que pudieran subsistir. Tercero. Llevar a cabo una ofensiva sobre Levante. Cuarto. Realizar otra ofensiva, ésta en masa y de gran envergadura, sobre Cataluña. (*Boletín de Información del E. M. del Ministerio de la Guerra*, núm. 19, fecha 12 de agosto.)

Como se ve los generales traidores seguían creyendo que el pueblo español no era capaz de poner un dique de hierro a sus insensateces. Tan seguros estaban de un triunfo fulminante que el día 13 su aviación volaba sobre la capital de la República, dejando caer en gran número unas proclamas mal impresas y peor redactadas en las que se incitaba a la rendición bajo las penas más terribles a los que osaran resistir. Madrid se encogió de hombros ante la grotesca bravata y replicó iniciando las felices ofensivas de aquellos días en Paredes de Buitrago, Navalperal y Navalmoral de la Sierra, donde las columnas leales al mando del teniente coronel Del Rosal y del coronel Mangada alcanzaron victorias resonantes. En otros frentes también supieron los rebeldes del coraje de nuestro Ejército y Milicias y de nuestra decisión de vencer. Las columnas enemigas del Sur, mandadas por Varela y con gran copia de material artillero y de armas automáticas,

intentaron establecer contacto entre las guarniciones enemigas de Córdoba, Granada y Málaga y fracasaron en su intento. Nuestras tropas ocuparon Castro del Río y Espejo, a 35 kilómetros de Córdoba, y Granada sufrió, y sufre todavía, los rigores de un cerco casi absoluto.

En el Norte, en Gijón, se frustran los propósitos de los facciosos de entrar en la ciudad, donde sólo quedaba el foco rebelde de los cuarteles, prestamente asaltados por el pueblo, y empieza la aproximación a Oviedo con arrollador empuje.

No eran tan favorables para nuestra causa las perspectivas de Guipúzcoa. Sobre Irún se cernían muy serias amenazas y los buques de guerra piratas cañoneaban despiadadamente San Sebastián, Bilbao y Santander, sobre todo San Sebastián, objetivo principal de los rebeldes en aquella zona.

En el Este quedaron cortadas por nuestras tropas las comunicaciones entre Huesca y Zaragoza. (*Boletín del E. M. del Ministerio de la Guerra*, núm. 24, 17 agosto.)

Y como testimonio de que nuestra potencia militar empezaba a permitirnos réplicas graves a los quiméricos designios de los generales traidores, una expedición de tropas republicanas desembarcaba en la isla de Mallorca el 16 de agosto para batir a los allí sublevados... y a los italianos, que se habían apresurado a prestarles ayuda a trueque de promesas de imposible realización.

Sonaban en la Plaza de Toros de Badajoz los estampidos de las ametralladoras con las que se fusilaba en masa a miles de obreros extremeños en un acto de barbarie que no tiene par en el mundo civilizado y Franco declaraba «que el movimiento libertador no iba contra el proletariado...»

Y Mola, en la misma fecha, visitaba en Zaragoza el templo del Pilar, y rodeado de obispos y canónigos hacía saber que los militares se alzaban en armas contra la República para restablecer, entre otras cosas, el imperio de la Ley de Dios y la fraternidad entre los hombres.

Un buque de guerra nazi desembarcaba en Cádiz cañones, proyectiles y aviones. «A. M. D. G.»...

Otros buques de guerra italianos volcaban sobre Melilla toneladas de material; un trimotor de nuevo modelo, que se estrenó bombardeando a la columna Mangada en la Sierra, y aviones que a toda prisa se montaban en Tahúma para remitirlos a la península con menos prisa, desde luego, que la que ponían en pedirlos desde todas partes, convencidos ya de que su infantería habría de servirles para poca cosa.

Pero, por sí o por no, también se ocupaban de movilizar a todo bicho viviente ante la perspectiva poco halagüeña de que los moros no les sirvieran como fuerza de choque —carne de cañón debieran llamar a sus fuerzas de choque si quisieran hablar con propiedad—, y más después del escarmiento que sufrieron en Algeciras a poco de desembarcadas y de sus contratiempos en la Sierra cuando creían, porque se lo habían dicho así, que en Madrid les aguardaba espléndido botín y que Madrid estaba ya a su alcance.

A toda prisa fueron llamados a filas los reemplazos del 34 y del 35 y ocho reemplazos de soldados de cuota, a los que costó trabajo incorporar. Con esta primera orden de movilización se inició en sus filas una desbandada que hubiera alcanzado proporciones catastróficas a no haber actuado con saña los piquetes de fusilamiento. El terror se impuso, y por instinto de conservación y por miedo a una soplonería, seriamente organizada, quedó cortada la serie de desertiones que a diario acusaban a Valladolid, a Sevilla y a Burgos los jefes de columna.

Fué en esos días también cuando Alemania empezó a dar señales evidentes de su complicidad con Franco, creando al Gobierno legítimo de la República cuantos conflictos le vino en gana. El cónsul del Reich en San Sebastián se ausentó de la capital de Guipúzcoa, declarando al pasar la frontera francesa, para que lo recogieran los periódicos reaccionarios y lo propalasen por el mundo, que en la zona roja —de entonces viene esto de «la zona roja»— no encontraba él, ni podía encontrar nadie, garantías suficientes para su vida...

Portugal, a su vez, cometió con los españoles que se internaban en su suelo huyendo de los nacionalistas que irrumpían en Extremadura, los más reprobables desafueros, vejámenes y villanías. Aquellos compatriotas nuestros eran entregados a las autoridades facciosas sin respeto ninguno al derecho de gentes ni a los más elementales principios de humanidad, encarcelados, perseguidos y expulsados del territorio a sabiendas de que les aguardaba la muerte apenas traspuesta la frontera. Y de la mano Italia, Portugal y Alemania, en el terreno de la diplomacia, comenzaron el juego de navajear el llamado Pacto de No Intervención, que en la segunda decena de agosto sufrió ya un grave colapso del que salió con vida precaria, de puro encanijado y convertido en el espantamoscas que desde entonces sigue siendo...



«NUEVO ESTADO», VIEJA POLITICA

En un largo editorial de la *Frankfurter Zeitung* del 26 de julio último se estudia la situación política interior de la zona nacionalista española. Franco, según los gacetilleros de la *Frankfurter*, tropieza, entre otros problemas, con el «difícilísimo de establecer un nuevo pueblo políticamente homogéneo detrás del nuevo Estado y de su ejército y de dar a ese pueblo un contenido completamente nuevo y claramente totalitario, pues el actual movimiento nacional en España se diferencia de todos los anteriores en que no aspira solamente a un mero cambio de Gobierno o de sistema, sino a una forma completamente nueva de vida espiritual y política de los españoles».

No habrá de faltar ocasión en que nos ocupemos de esa «forma completamente nueva de vida espiritual» que los nacionalistas aspiran a imponer al pueblo a que hoy sojuzgan. Bástenos ahora con parar los ojos en la novedad de la forma política que persiguen. Los cadetes de Primo de Rivera y de Hedilla gustaban de enjuagarse demagógicamente, en un principio, con su «revolución nacional sindicalista». Por su parte, el comentarista —o lo que sea— de la *Frankfurter Zeitung* da por sentado que Franco «sabe que en lugar de la vieja fuerza política de España, completamente podrida, hay que poner una fuerza nueva», para lo cual «se ha trazado determinadas directrices de índole universal, que nos son familiares a nosotros los alemanes, y que en gran parte coinciden con los primeros programas de Falange...»

Sí; Queipo habla de reformas agrarias a los periodistas extranjeros, y Franco, por su parte, anuncia que «el nuevo Estado suprimirá en absoluto la lucha de clases, hará desaparecer las huelgas y lock-outs...» Y a los obreros, muerto el perro, se acabó

la rabia. Claro que esto no lo dice. Pero lo practica. Ahí está la población minera de Vizcaya, reducida a menos de su tercera parte después de la toma de Bilbao. Imposible trabajar en minas y altos hornos por la falta de brazos. A bien que la falta tiene buen remedio: parados los hay de sobra en Alemania e Italia...

Pero el mismo Franco, acallando los demagógicos gorgoritos falangistas, se apresura a declarar que «el movimiento nacional no ha sido una revolución». No; ni como él quiere hacer creer, una contrarrevolución siquiera. Bajo su corteza, a poco que se rasque, encontramos, abrazada al fascismo de importación, haciéndole el juego para ver de llevarse sus hipotéticas ganancias, «la vieja fuerza política de España completamente podrida».

Uno de los valedores que en Inglaterra le han salido a la causa facciosa se quejaba lastimeramente, no hace un mes, en la Cámara de los Comunes, de que sus honorables colegas se obstinasen en creer que detrás de Franco no hay más que obispos y generales. No le falta razón. Detrás de Franco hay también, en efecto, juntas de damas, acreditados contrabandistas, capitalistas con más o menos crédito y políticos de las más vetustas derechas completamente desacreditados.

Tras un breve agazapamiento, en el que se mantuvieron trabajando en la sombra, se les vió gallear de nuevo. Primero fué Goicoechea, con unas declaraciones a *L'Echo de Paris*, en que el «futuro jefe del gobierno nacional» —como el periodista francés le llamaba— se mostraba en camisa azul, hablando de la identidad de dirección doctrinal que mueve a los tres partidos «blancos» fundidos en «Falange Española, Tradicionalista y de las JONS». Como no podía ser menos, tratándose de Goicoechea

y de sus compañeros en fusión, la tal dirección doctrinal se cifra en bien pocas palabras y encierra muchas menos ideas: «No queremos que el pueblo gobierne, que se le adule, que los políticos se conviertan en sus servidores. Queremos que la libertad se sacrifique a la grandeza.» A la grandeza del charasco. «Todos nos hemos sometido al ejército...» Obedeciendo, sin duda, a una de las «directrices de índole universal», tan familiares para los alemanes, según el editorialista de la *Frankfurter Zeitung*, para el que, dicho sea de paso, «sólo el ejército puede ser siempre en España la armazón del Estado; su participación es tanto más esencial y visible cuanto más débiles son los músculos políticos y más floja la sangre política».

Pero Franco, aun cuando declare que el ejército al sublevarse contra el Gobierno legítimo de la República «interpretó el anhelo de la mayoría de los españoles» (de los «españoles» del Tercio y de las tropas de Regulares; de los «españoles» de Berlín y de Roma), sabe que con ese ejército no se puede hacer nada, como nada se puede hacer, por otra parte, con la sección de museo arqueológico denominada eufemísticamente Junta de Burgos. Ni sus mismos mandones extranjeros ven con buenos ojos la supervivencia de ese deslavazado régimen, mitad de cuarto de banderas, mitad de covachuela —a lo sumo de «mayoría» cuartelera—. Se ha insistido cerca del «generalísimo» en la necesidad de dotar de un Consejo de Ministros al «nuevo Estado». La muerte de Mola desbarató, como es sabido, el primer intento de realización del proyecto. Parece que Franco se ha mostrado reacio a llevar adelante el ensayo. Por las trazas ha tenido que acabar doblando la cabeza. Ultimamente, en una entrevista concedida a Luca de Tena y publicada por el *A B C*, de Sevilla, el 18 del pasado julio, habla de que «el primer Consejo de Ministros de la España nacional no tardará en constituirse». Según él «muchos homi-

bres inteligentísimos» de los suyos han hallado la muerte en la España leal a su legítimo Gobierno, en la que se encuentran otros «escondidos o presos»; «pero gracias a Dios —añade—, tenemos personalidades capaces de ayudarme a conducir a España hacia sus destinos gloriosos».

En efecto, Radio Berlín anuncia, no más tarde que el 22 de julio, que se nombrará a Gil Robles ministro de Estado en el futuro gobierno nacionalista. El organillo ultramarino *Falange Española*, de Buenos Aires, acoge, poniéndose de uñas, la noticia de que «el exiliado de Lisboa trata de parodiar al Napoleón de la isla de Elba para entronizar, pese al repudio general, el imperio de los nefastos, de los corrompidos y de los caducos...»; «trata, ahora que el triunfo llama a las puertas de la nueva España, de pasar por ellas con la aureola de héroe. Y eso sí que no». Parece ser que Gil Robles no ha ocultado sus propósitos hostiles respecto de Falange. Pero si desde la Argentina pueden hacerse fieros más o menos impunemente, el papel falangista no parece estar precisamente por las nubes en la zona nacionalista de la península, de donde sale deportado para una de las islas Canarias, Hedilla, el sucesor de Primo de Rivera en la jefatura de Falange, condenado a muerte, primero, conmutada luego la pena por la de cadena perpetua. No se olvide que Hedilla era el representante más caracterizado de la «revolución nacional sindicalista».

Por lo demás, Gil Robles no trata de instalarse en la España nacionalista como héroe, sino, sencillamente, como ministro de Estado. Es menos expuesto para él, aunque no puedan decir otro tanto los españoles de la «nueva España» por lo que a ellos respecta.

El futuro ministro celebra una entrevista con Franco. Este, según los amigos políticos de Gil Robles, le ha hecho llamar, encomendándole una misión secreta cerca del gobierno inglés, por mediación de Oli-

veira Salazar, grande amigo del jefe de Acción Popular. La entrevista, siempre según los amigos políticos de Gil Robles, señala el comienzo de una nueva etapa para la España nacionalista, en la que «el jefe» desempeñará importante papel en la organización del nuevo Estado. Verdad es que Gil Robles ha desmentido posteriormente que existiera misión secreta alguna. Pero a eso y a más obliga la discreción de un futuro jefe de diplomacia.

Lo que no ha desmentido es que haya de estar en sus manos la organización del nuevo Estado. Quienes le ayuden en la tarea no han de faltar. Gracias a Dios. «Valores nuevos». Suenan los nombres de Magaz, de Sangro, de Queipo —para Guerra—. Y Radio Berlín informa en su emisión del 25 de julio de que Franco ha declarado que piensa formar dentro de poco un gobierno en el que será ministro de la Gobernación... el tristemente célebre Martínez Anido.

Gil Robles, Martínez Anido: Barcelona, Asturias... Por añadidura, un nuevo sol apunta en la raya de la política interior del «nuevo Estado». El *Daily Worker* reproducía últimamente una curiosa carta del ex «notario español en Rusia» y ministro de la Guerra en el gobierno de Lerroux. Diego Hidalgo, hoy en la zona facciosa, desde la que escribe a un amigo suyo, en Suiza: «Todo se lo debemos a March —dice el ex ministro—. Sin él todo se habría perdido hace tiempo. El día que tengamos ocasión de cambiar impresiones le explicaré a usted cómo se debe a March, enteramente a él, la ayuda que Alemania e Italia han venido y vienen prestando a nuestro movimiento. Tanto los alemanes como los italianos que están en España le

tienen en gran estima. No puedo ocultar la verdad a un amigo como usted: Franco, que es hombre hábil, habría acabado ya la cosa si el éxito se hubiese producido con rapidez, como esperábamos; pero, sin embargo, es hombre inútil para la lucha tenaz. No es de la madera de los caudillos. Como consecuencia, los falangistas no lo tratan con seriedad; entre los tradicionalistas y monárquicos Franco no inspira confianza; en los círculos militares, tampoco. El único cerebro, el cerebro verdad que tenemos, es March, que está laborando de una manera que le califica de futuro jefe de Estado, o al menos, de figura representativa con títulos suficientes para nombrar un gobierno sometido a su evidente talento. La desgracia que hay...» La desgracia que hay que todas esas dotes son, naturalmente, inseparables de la persona misma de March, y éste, según reconoce su panegirista, «no es presentable».

¡Escrúpulo tonto! «Para quien es mi padre, buena es mi madre», dicho en romance del refranero. Mano a mano con Gil Robles, con Goicoechea, con Queipo, con Martínez Anido, no se ve en qué haya de desdecir March como futuro jefe, si no de Estado, de Gobierno.

«El régimen que la España nacionalista se dé —ha contestado Franco por escrito a las preguntas de un corresponsal de la *United Press*— será un traje hecho a su medida.» ¡Exacto! A la vista está. Hecho a la medida del «nuevo» Estado. De cuya novedad no se puede decir lo del sastre remendón, al que preguntaban mientras acomodaba y corcuscía unos desechos de ropa vieja: «¿Qué hay de nuevo, maestro?» Y era su respuesta: «¿Nuevo? ¡Ni el hilo!»



Inglaterra orienta la cuestión española por espinosos derroteros

Asistimos a un acercamiento angloitaliano. El acontecimiento no nos sorprende. Muerto el sistema de No Intervención, fracasados los intentos británicos de voltear el régimen internacional de Londres con la mirada puesta en hacer de él un organismo intervencionista legalizado, o cuando menos con apariencias de legitimidad internacional, la City tenía que encauzar sus negociaciones privativas por otros derroteros. El Comité de No Intervención no era el más apropiado para hacer jugadas sobre la victoria de Franco. Ni los países fascistas podían poner en venta la tranquilidad de Inglaterra en el Mediterráneo y en sus vías marítimas de Oriente, ni Londres hallaba ocasión para hacer ofertas ventajosas al fascismo en el Comité de No Intervención. La presencia de la Unión Soviética desquiciaba toda compraventa. La política soviética, al oponerse a toda negociación que no entrara de lleno en los principios estrictos de la No Intervención en España, desvalorizaba la moneda de la beligerancia, con la cual la Foreign Office pretendía comprar la seguridad exterior británica. Era pues necesario llevar la negociación al mercado privado, a un terreno en el cual nada tuviera que hacer la colaboración colectiva ni la indivisibilidad de la paz. Y este es el sentido principal, aunque no único, de las relaciones en curso italo británicas.

Es erróneo creer que la Gran Bretaña procede así por debilidad o por vacilaciones. El Reino Unido nunca actuó sin reflexión. Y si hoy pide, por medio de negociaciones, su seguridad mediterránea y oriental; si hoy se muestra poco afecta a la significa-

ción universal de la lucha española, la causa hay que buscarla en el predominio que sobre el Gobierno ejerce la clase capitalista del viejo continente, es más fuerte decir que la City no tenga contradicciones profundas con los intereses económicos internacionales del capital alemán e italiano. Lo que ello prueba es que la victoria de un régimen social justo en Europa, que rompería, indudablemente, el equilibrio capitalista del Viejo Continente, es más fuerte que esas propias contradicciones.

Lo que domina, sobre todo en los medios conservadores ingleses, en el momento actual son los acontecimientos que se desarrollan en el extremo Oriente, y es la Palestina punto estratégico de las comunicaciones mediterráneas. El renacimiento naval de Inglaterra no se ha cumplido entera ni lo bastante rápidamente para que el Gobierno de Londres pueda demostrar y asegurar lo indestructible de sus comunicaciones mediterráneas. Y aquí el acuerdo naval italoinglés, y aquí el sacrificio de la España popular.

Es indudable que las conversaciones italoinglesas han comenzado prácticamente. Se sabe que Chamberlain ha dirigido una carta autógrafa a Mussolini, y que éste se ha apresurado alegremente a contestar. Por otra parte, Eric Drumond acaba de celebrar una entrevista con el conde Ciano. Las conversaciones no han excluido la cuestión de un acuerdo o de un compromiso entre las antiguas potencias locarnianas.

Los dos aspectos señalados que contienen las negociaciones de Londres-Roma hacen pensar y afirmar que Alemania no se ve excluida, y que, por el contrario, está pre-

sente en ellas. Los círculos políticos conservadores ingleses y franceses han pretendido insinuar que estas relaciones implican un alejamiento italiano de Berlín. Pero esta insinuación carece en absoluto de fundamento y sólo pretende ofuscar a la opinión francesa e inglesa. En el momento de llegar a Roma la carta de Chamberlain, Mussolini había recibido ya una comunicación de Hitler en la que manifestaba su conformidad con las relaciones del Duce con Inglaterra, y atribuía a éstas grandes perspectivas para el eje totalitario. No es necesario gran perspicacia para comprender que ni las negociaciones sobre España ni el pretendido pacto occidental de los cuatro puede ser eficiente sin la participación y colaboración de Alemania y de Francia. Alemania ya dió su consentimiento. Ahora lo que se busca es la incorporación de Francia a la trama. Y es muy probable que Londres haya iniciado ya gestiones encaminadas a relacionar «psicológicamente» a París y Roma.

Las consecuencias que pueden derivarse del nuevo criterio británico se refieren a dos órdenes distintos. Uno, dirigido contra los intereses de la España republicana, y el otro, contra la Unión Soviética. La concesión del derecho de beligerancia a Franco es el punto fuerte de las negociaciones, y es perfectamente posible que se haya tratado también de proyectar una mediación del tipo que ya Inglaterra expuso en los prolegómenos de la No Ingerencia. Desde luego hay que rechazar la noticia que ha recorrido toda la prensa extranjera y nacional del restablecimiento de la dinastía borbónica en España. Inglaterra conoce perfectamente las características sociales de España y sabe que esta fórmula sólo podría ser impuesta con la intervención armada de los países negociantes, de ella. Y esto es absolutamente imposible y disparatado.

En cuanto al Locarno, sería una concesión a Alemania para asegurarla la espalda y dejarla libre en el Este, es decir, en la Unión Soviética.

Si observamos el estado de la correlación de fuerzas europeas tendremos que reconocer las grandes dificultades que se oponen a que la nueva dirección británica pueda llegar a su objetivo final. Hay que contar, en primer lugar, con que la presencia en la política mundial de la Unión Soviética dificulta enormemente el juego de las alianzas. En segundo lugar, Francia no obtiene en esas negociaciones seguridades que puedan considerarse, y, en cambio, tiene la contrapartida de su situación interior y de la promesa que para ella supone el pacto franco-soviético. Y, por último, tales relaciones podrían determinar una pérdida considerable de sus posiciones políticas en Europa y ninguna ventaja en cuanto a su tranquilidad con Alemania.

Pero la fuerza más considerable que se opone a este tipo de transacciones reside en la propia España. Ni la beligerancia ni la mediación es posible, por vía «diplomática», con la oposición del Gobierno legítimo. La República española no se encuentra sola frente a esa coalición, sino que con ella están las propias fuerzas democráticas francesas e inglesas. Una buena prueba de ello la tenemos en que Mr. Eden ha tenido que iniciar las negociaciones en el momento en que la Cámara de los Comunes se encontraba clausurada por las vacaciones de verano. Hoy hay una política democrática internacional enfrentada con la gubernamental, cuya expresión es la exigencia de que el pleito español sea llevado al seno de la Sociedad de Naciones para que el pacto ginebrino libre al Gobierno legítimo de todo bloqueo o prohibición y aplique las sanciones a los agresores. En el próximo mes de septiembre será tratado este problema que planteará el Gobierno español en la Asamblea de la Sociedad de Naciones. Hasta entonces es muy probable que no se produzcan nuevos hechos. El Comité de No Intervención seguirá una vida precaria a fuerza de los balones de oxígeno de los aplazamientos.

DIEZ DIAS...

EN LA ZONA FACCIOSA

El corresponsal norteamericano L. F. Gitter, que ha vivido varios meses en la zona facciosa, dice: «Franco y sus adláteres son de una incapacidad extraordinaria. El jefe de la actual insurrección es el último y el menos capaz de los dictadores que ha tenido España, y hay que pensar que el primero. Narváez, dijo que su tierra era un «país de pillos». Añade que Gil Robles, amigo de los jesuitas, preparó la subversión desde el Ministerio de la Guerra, y unió a los terratenientes y a los curas con los militares... Queipo de Llano, «que padece manía persecutoria», y Franco no profesan el fascismo, sino el «señoritisimo». Termina diciendo que sólo el triunfo de la República daría paz y progreso a España.

★

Durante toda la decena han continuado los tiroteos dentro del campo faccioso, demostrativo de la «cordialidad» que existe entre los rebeldes. Han tenido particular importancia los sucesos de Granada, donde se asegura que ha sido asesinado el ex general Cabanellas. Pero tanto en esta ciudad andaluza como en Ronda, Málaga, Toledo, Aguilar de Campóo, Ciudad Universitaria de Madrid y otros puntos, parece que cunde la protesta contra el invasor extranjero, que trata a los españoles como a colonos. Es de esperar que este fermento, de justa rebeldía, fructifique en fecha muy próxima, dando origen a sucesos de tipo sensacional.

★

Aumenta sin cesar en Gibraltar el número de refugiados procedentes de la zona rebelde. Más de cien evadidos han llegado en la última semana, muchos cruzando a nado la bahía de Algeciras, que relatan los crímenes que por cualquier motivo cometen

los facciosos. Las «autoridades» de Franco, ante las evasiones, han prohibido los baños de mar.

★

Un evadido ha manifestado que en Granada varios hombres mataron a navajazos a un teniente de Regulares que se dedicaba, acompañado de varios moros, a vigilar las casas de las afueras de la ciudad y a ultrajar a las mujeres, valiéndose de amenazas.

★

Franco, en una interviú concedida a Luca de Tena, no oculta sus propósitos de ir hacia una restauración monárquica en la zona que domina. Añade que, a su pesar, el trono no podría volver a recaer en Alfonso de Borbón, y cita como su «probable» sustituto al ex infante don Juan, que en varias ocasiones se ha ofrecido a él para luchar en el frente; ofrecimiento que Franco no ha aceptado, porque «el que ha de ser futuro rey no debe venir sino como pacificador».

★

Un fascista granadino, que tomó parte activa en la rebelión a favor de Franco, y luego aterrado por los crímenes de los fascistas huyó de España abandonándolo todo, ha escrito a un diputado socialista granadino, desde Montevideo, narrando su cambio psicológico ante los crímenes increíbles de los sublevados. Dice que su esposa, señora de derechas, manifestó terminantemente que los crímenes que cometían los fascistas eran un exponente de su cobardía, y hubo de esconderse para no ser fusilada. Asegura que comentando con Pemán el asesinato de García Lorca, aquél tuvo el cinismo de decirle: «¡Bah! No tiene impor-

tancia. No se ha perdido demasiado». La presencia de tropas mercenarias, ante quienes los facciosos han perdido incluso la más elemental dignidad, le produjo verdadera desesperación, al extremo de abandonar sus riquezas y huir de España. Hoy solicita nuestro perdón y anhela nuestro triunfo.

★

Se asegura que en la zona facciosa va a constituirse un gobierno que presidirá el ex general Jordana. Para la cartera de Guerra hay dos candidatos: uno, Queipo; el otro, el general Gazapo, actual jefe del Estado Mayor faccioso de Aragón. La cartera de Instrucción Pública se la disputan Sáinz Rodríguez y Pemán.

★

A Algeciras han llegado los quintos de nuevo ingreso, cuya pobre indumentaria revela la miseria que reina en el campo faccioso, ya que van por la calle vistiendo pantalón de paisano y guerrera, o viceversa; algunos no llevan más que el gorro,

que revela su condición militar. La marcha a un frente de los soldados del regimiento de Pavía ofreció un espectáculo tristísimo, pues imploraban, por las casas próximas al cuartel, platos, cucharas y otros objetos de que carecían. Los soldados, muy mal alimentados también, no se recatan en manifestar sus simpatías, declarando públicamente sus deseos de poder evadirse para luchar en las filas del ejército leal.

★

Se ha sabido en Gibraltar que con motivo del aniversario de la rebelión se colocó en uno de los más céntricos edificios de La Línea de la Concepción una gran bandera monárquica. Al poco tiempo fué arrancada misteriosamente, y en su lugar se izó otra con los colores republicanos.

★

Ha manifestado un evadido que en los primeros días siguientes a la ocupación de Málaga las bandas de falangistas, apoyadas por la Guardia civil, cometieron más de 3.000 asesinatos.

A propósito de las peticiones de ejemplares del BOLETIN DECENAL

El BOLETIN DECENAL ha merecido muy favorable acogida en los organismos de toda índole, especialmente por lo que se refiere a las unidades del Ejército, la Marina y la Aviación.

Las solicitudes de ejemplares que se nos dirigen exceden con mucho a la tirada a que da margen la Orden Circular de 3 del pasado mes de junio, por la que se autorizó la publicación.

Regamos, por consiguiente, a cuantos se dirigen a la Sección de Información del Estado Mayor del Ejército de Tierra en petición de que sea aumentada la cantidad de ejemplares que de cada número les remitimos, nos disculpen el que por ahora no nos resulta fácil atenderles en la medida de sus deseos.

AÑO I

10 AGOSTO 1937

NUM. 7